

Largo viaje de Ford

LOS NUEVOS RASGOS DE LA COEXISTENCIA

El Presidente Gerald Ford culmina sus cien días presidenciales con una visita a Asia, una visita que le llevará al puerto soviético de Vladivostok, donde va a entrevistarse con Brejnev. Un viaje difícil, complejo, a partir de un Japón apurado y hasta avergonzado de su relación de dependencia con los Estados Unidos: para muchos japoneses, desde la derecha nacionalista y tradicional hasta la izquierda neutralista, los Estados Unidos son unos aliados de los que no hay que enorgullecerse, y las bombas de Hiroshima y Nagasaki no se han olvidado. Ni las ocupaciones de bases, ni la invasión oc-

miento de las bombas atómicas —las únicas hasta ahora que se hayan empleado sobre ciudades vivas— y la culminación del armisticio, en el que los militares japoneses fueron realmente humillados.

No es, sin embargo, el Japón, ni las otras visitas asiáticas, lo que más retiene la atención en este viaje de Ford, sino su entrevista con Brejnev en territorio soviético, prácticamente improvisada hace poco tiempo, y el viaje que a continuación de ella va a hacer Kissinger a Pekín (cuatro días, del 25 al 29 de noviembre). Pekín está de nuevo sobresaltado con esta entrevista soviético-americana y con todo el viaje

acontecimiento de primer orden. Basta con pensar que el mundo político y diplomático en que vivimos ha surgido precisamente de la hostilidad surgida entre los dos países al comenzar la década

de los sesenta: la diplomacia global de Estados Unidos, la configuración política de Asia, los planes militares y estratégicos mundiales son fruto de esa hostilidad; lo es también la desagre-

Juan Aldebarán

cidentalista de costumbres. En vísperas de la visita, el primer ministro Tanaka ha tenido que reorganizar su gobierno, que se hundía. El propio Ford, en Tokio, no podrá estar seguro de si está hablando con interlocutores válidos, o si va a estallar la crisis apenas haya abandonado las islas. Tanaka está recibiendo ataques por todas partes: desde los que dan como sospechoso el origen de su fortuna hasta la retirada de la confianza de los grandes señores de la industria —los nuevos feudales del Japón—; desde un pueblo que se queja de que los precios de los artículos de primera necesidad han subido un 49 por 100 en menos de un año hasta los que le reprochan que sea el primer jefe de gobierno japonés que recibe una visita de un Presidente de los Estados Unidos (Eisenhower tuvo que renunciar a su visita porque los disturbios antiamericanos fueron de tal envergadura, que ponían en peligro su seguridad personal; los partidos de la oposición han organizado, también ahora, manifestaciones contra Ford). Se ha hecho ya hincapié en que las entrevistas entre Ford y Tanaka son «lo menos importante de la visita» del Presidente de los Estados Unidos, y que sólo significa algo simbólico, histórico: las relaciones que los dos países han mantenido durante un siglo. Llevando la idea a la conmemoración de cien años de historia, se desplaza hasta sólo cierto punto la cuestión más grave entre Estados Unidos y Japón: el período que va desde el ataque japonés a Pearl Harbor hasta el lanza-

de Ford por Asia. El vicepresidente chino, Ten Hsiao-ping, ha declarado que la supuesta amistad entre las dos grandes potencias puede ser el origen de una nueva guerra mundial. «La pretendida reducción de la tensión cocinada por las dos superpotencias no es más que un engaño; intenta ocultar su verdadera naturaleza agresiva, disimular la realidad de sus preparativos de guerra». De guerra, naturalmente, contra China. Kissinger va a correr a tranquilizarles, a darles información del contenido de la entrevista. Puede que acuda también deseoso de saber si hay algo de cierto en los rumores que se multiplican estos días acerca de la posibilidad de una mejora en las relaciones de la URSS y de China: la reanudación de una solidaridad estrecha entre esos dos países sería considerada por los Estados Unidos como una gran tragedia.

Se está diciendo que China ha intentado alguna aproximación a la URSS, en el sentido de advertirla que los Estados Unidos, en realidad, están al borde de una gran campaña anticomunista —lo cual es cierto—, y que aprovecharían cualquier ocasión para atacar repentinamente a la URSS —lo cual parece más dudoso, aunque no imposible—.

La reconciliación entre la URSS y China es algo que entra muy dentro de las posibilidades actuales: más aun si, como apenas está pareciendo ahora, la política de Ford —la política de después de Nixon, que encarna o representa Ford— tiende a una nueva firmeza. Esta reconciliación sería un



No es el Japón, ni las otras visitas asiáticas, lo que más retiene la atención en este viaje de Ford, sino su entrevista con Brejnev en territorio soviético y el viaje que a continuación de ella va a hacer Kissinger a Pekín. (En la foto, Ford, a su llegada a Tokio.)



Para muchos japoneses, los Estados Unidos son unos aliados de los que no hay que enorgullecerse, y las bombas de Hiroshima y Nagasaki no se han olvidado. (Foto: Los trabajadores de los ferrocarriles de Tokio, durante una manifestación antinorteamericana.)

gación del tercer mundo, la división de los partidos comunistas, la aparición de grupúsculos —los prochinos, primordialmente—, la actitud de la URSS respecto a Europa, la diversidad de los movimientos revolucionarios... La huella de la ruptura es enorme. La reconciliación cambiaría enteramente las bases políticas actuales: no en el sentido de volver a la situación anterior a 1960 —nunca se vuelve atrás—, pero sí en el de una nueva relación de fuerzas políticas, económicas y sociales. Los escrutadores de signos señalan que se han cruzado muchos estos últimos tiempos entre Moscú y Pekín, y que son de signo positivo. Entre ellos, diversas declaraciones chinas en el sentido de que no es de esperar un ataque soviético contra China —hasta hace poco, China mantenía un clima de guerra inminente—, y, sobre todo, el mensaje de los chinos a los soviéticos, con ocasión del aniversario de la revolución de octubre, en el que se contiene la posibilidad de que las dos naciones lleguen a firmar un tratado mutuo de no agresión. Los Estados Unidos insisten continuamente en que su política no consiste en crear problemas mayores entre la URSS ni China, ni fomentar su división, y hasta cierto punto es lógico que sea así, porque una guerra abierta entre la URSS y China sería una catástrofe mundial que haría bascular todo el «statu quo» actual, pero sólo hasta cierto punto, porque la actual diferencia entre los dos grandes países comunistas beneficia la política de Washington. El ideal del Departamento de Estado sería que se mantuviesen tal como están: sin avanzar, pero sin retroceder.

Es muy probable que la visita de Ford a Brejnev la semana próxima toque de alguna forma esta cuestión de China. Es muy

posible que sea también una explicación de las acciones anticomunistas de Estados Unidos en Europa y una especie de llamada de atención a los soviéticos para que no penetren en su zona de influencia (en la creencia atrasada y anacrónica de que la URSS maneja los partidos comunistas europeos, muy propia del espíritu arcaizante de Ford, que ha llegado a la Casa Blanca sin un conocimiento real de las cuestiones internacionales y que es terreno fácil para las influencias de los guerreros fríos, en cuyas filas militó y de las cuales no ha dimitido, como dimitió a tiempo, y por su propia conveniencia personal, Nixon. Desde la llegada de Ford a la Presidencia, las relaciones de la URSS con Estados Unidos se han enfriado visiblemente, lo cual favorece la tesis de una aproximación a China, como alianza de recambio o como amenaza con la que negociar con los Estados Unidos. Sin embargo, no hay una real alianza de recambio: la URSS está demasiado metida en sus relaciones con Estados Unidos, demasiado occidentalizada —en el sentido de la adquisición de técnica, de negociaciones directas con hombres de negocios de Estados Unidos y de países europeos— como para dar marcha atrás ahora. En otras palabras, la Unión Soviética se ha hecho dependiente del sistema diplomático y político del apaciguamiento como para cambiarlo por una supuesta alianza ideológica con China. Ciertos rasgos de modificación de su política interior —como el haber permitido la expatriación, hasta ahora, de 90.000 judíos, o como los permisos de salida para Soljenitsin y otros escritores, aun sabiendo lo perjudiciales que pueden ser en el exterior para el régimen soviético— son concesiones grandes a

los Estados Unidos, como lo es su política apaciguadora en el Oriente árabe. La posibilidad siempre existente de una serie de enfrentamientos con China, incluso de la guerra atómica, le ha obligado también a mantener pacífico y seguro su flanco occidental, sus fronteras con Europa, con objeto de tener las manos libres en el Este. La URSS quisiera reducir sus enormes gastos militares, pero sin dejar desguarnecida su frontera china; sólo puede hacerlo con la continua insistencia de la reducción de armamentos y de tropas en el Oeste. Pero no es solamente una dependencia de la URSS como nación, sino del actual gobierno y dirección de la URSS: Brejnev se ha embarcado claramente en el barco de la coexistencia, frente a los grupos duros y los residuos stalinistas, y tiene obligatoriamente que mostrar a su país los beneficios que obtiene de ello. No son ciertas las acusaciones —puramente de guerra fría— de que la URSS sale ganando con la actual crisis económica europea y con el auge de los partidos comunistas que pueden salir o que ya están saliendo de dicha crisis. La URSS necesita para mantener sus relaciones comerciales en el nivel en que están y asegurar el consumo creciente a sus ciudadanos, que la prosperidad no falte en Europa y que las situaciones sociales no sean graves. Las situaciones sociales agudas, como las de Francia, Gran Bretaña o Italia —donde apenas han hecho más que empezar— podrían favorecer en cierto modo a los partidos comunistas, pero, de ninguna manera, implantar regímenes comunistas (no hay fuerzas ni clima para ello); con mayor probabilidad podrían traer regímenes duros. No es fácil que la URSS olvide que la depresión de Estados Unidos —y, por consiguiente, de Occidente en gene-

ral—, a partir del año 29, produjo nada menos que a Hitler. Y sabe también que los fascismos europeos no han muerto, están detrás de la puerta y pueden reaparecer con mucha mayor facilidad que la que tendrían los partidos comunistas para llegar al poder, y, sobre todo, para establecer regímenes comunistas.

La Unión Soviética está ahora implicada en la generalidad de la crisis de Occidente. Lo que necesita que Occidente le dé sólo puede obtenerlo si Occidente sale adelante de sus crisis. Si ahora puede vender sus productos a Europa a mayor precio, en razón de la inflación y de la escasez, y recibir, por lo tanto, más divisas, por otra parte, lo que tiene que comprar —y tiene mucho que comprar— le cuesta más caro.

La cuestión está en que Ford no se equivoque y crea que por esa dependencia la URSS está dispuesta a conceder más de lo que puede, que Brejnev puede ir más lejos del punto en que no le perdonarían sus compañeros del comité central. Los Estados Unidos están sacando excelentes frutos de la reducción de la tensión; manos bastante libres en el mundo, dominio de su zona de influencia, mercados nuevos abiertos, exportación de tecnología; pueden llegar igualmente a una reducción de sus gastos de industria militar, los que le serían vitales para dejar reposar un poco el presupuesto inflacionista.

Por eso, la entrevista de la semana próxima, la generalidad del viaje, la visita de Kissinger a Pekín en los últimos días de este mes, deben ser consideradas como de primera importancia. De todo ello pueden salir los principios de una solución de la crisis mundial, o, por el contrario, la acentuación dramática de los riesgos que atraviesa el mundo. ■